

LA VIOLENCIA Y SU EXPRESION SOCIOECONÓMICA
EN *LOS INVASORES* DE EGON WOLFF

KAREN E. BREINER-SANDERS
Georgetown University

La violencia que llena nuestro mundo, y que a veces invade nuestras propias esferas vitales, es lamentable, horripilante; hasta puede parecernos apocalíptica en ciertos casos. Con todo, es una fuerza siempre presente, capaz de ser domada y canalizada quizá, pero sólo por los más hábiles y los más civilizados de nosotros. Sin frenos y restricciones formidables, la violencia se hace la favorecida expresión de un agravio, de una injusticia percibida, o de un odio. Sirve como instrumento de reivindicación, mientras engendra cada vez más violencia, la cual crece en espiral para llegar a abrumar con su magnitud e intensidad.

Los invasores de Egon Wolff (1962) es un microcosmos del paisaje violento en el cual muchas sociedades modernas, sobre todo las del Tercer Mundo, echan raíces y crecen. El drama consta de una serie de confrontaciones —la verdadera armazón de toda violencia— que reflejan temas tanto universales como regionales.

Una masa de desamparados cruza el río e invade los terrenos y las casas elegantes de la clase adinerada. Estos harapientos son impulsados por una sola meta: apoderarse de los bienes materiales de los ricos y eliminar cualquier resistencia u obstáculo que les niegue su objetivo (estorbe el paso). No tienen ninguna idea de lo que es la política, ni les interesan las teorías o ideologías revolucionarias; más bien, son incitados por las promesas de ganancias concretas, de gratificación material.

Su sentido de bienestar y de fortuna se calcula en términos del número de camiones de coliflores¹ que se pueden adquirir, y no según los posibles adelan-

1. Egon WOLFF, *Los invasores. El teatro hispanoamericano contemporáneo*, vol. I (ed. Carlos Solórzano), México, Fondo de Cultura Económica, 1964; p. 153. Todas las citas y demás referencias en lo tocante a *Los invasores* son de esta edición. En adelante se registra sólo el número de página, y éste como parte de la cita misma.

tos asequibles en el campo de la reforma o la justicia social («Igualdad, libertad y fraternidad» [p. 164]), las cuales se rechazan abiertamente como meras «palabras», apropiadas sólo como respuesta borrajada en el pecho de un joven burgués excesivamente apasionado al respecto (p. 166).

Esto nos hace recordar que en esta época de rápida comunicación global, y una comunicación sobremanera visual, los desgraciados, y específicamente los desgraciados del Tercer Mundo, van reconociéndose cada vez más en el espejo de su miseria particular y colectiva, y al compararse con otros grupos y otras sociedades bastante favorecidos por la buena vida, los pobres resultan cada vez más inclinados a movilizarse y dirigirse contra la fuente de la riqueza y el poder, y la supuesta causa de su propio sufrimiento. Pero para que esto ocurra, tiene que surgir alguien capaz de proporcionarles un foco de convergencia y un impulso que les motive a actuar.

En *Los invasores* China se nos presenta como el individuo dispuesto a galvanizar y controlar a los harapientos. Su fuerte liderazgo evoca la imagen de un caudillo, de un compadre carismático, cuyo carácter autoritario y paternal le da esperanza y vida a una masa pobre y ruda. Es el revolucionario pensador, la mente política unida al cuerpo sufrido. Es el gran campeón de las masas.

Por otra parte, se puede considerar la posibilidad —y el drama sí parece apoyar tal interpretación— que China también se aprovecha de los pobres hambrientos para adelantar sus propios objetivos ideológicos y políticos. Aunque quiera aliviar el estado lastimoso de los pobres y proporcionarles las cosas necesarias para asegurar su supervivencia, China, por sus acciones y sus observaciones sociopolíticas y económicas, parece dedicarse con ahínco a la victoria de ciertos principios ideológicos más que a la conquista del hambre de sus seguidores. Sus frecuentes comentarios deprecativos contra los mismos individuos que llevan a cabo la invasión bajo su orden deben verse, pues, como algo más que un artificio irónico empleado para engatusar a Meyer, su rehén y antítesis doctrinaria.

En su papel de revolucionario izquierdista, China sirve como prototipo de revolucionarios verdaderos tales como Fidel Castro, Ernesto «Che» Guevara y Camilo Torres, quienes animaron y dirigieron a los oprimidos con su celo, su coraje, su retórica revolucionaria, sus armas, y también con una astucia y una determinación ideológica forjadas por una crianza fácil y una preparación académica no experimentada, ni siquiera en sueños, por sus seguidores.

China ha convencido a los harapientos invasores que los bienes de los ricos de verdad les pertenecen, y por lo tanto ellos se sienten justificados en apoderarse de los efectos personales de sus opresores. China abrumba a Meyer con el mismo hecho incontrovertible mientras dirige el desmantelamiento sistemático de la fortuna material de Meyer, y la redistribución de ella según la filosofía y el proceder marxistas corrientes.

[China a Pietá]. Mañana entregará a su hijo sus tapados y pieles; hay gente que los necesita. Sólo se quedará con lo necesario. La próxima semana usted tendrá que estar trabajando en algo (p. 175).

La confrontación entre China y Meyer es simbólica, claro está —sus mismos nombres lo implican— de la confrontación entre dos fuerzas ideológicas y económicas globales: el marxismo y el capitalismo, y varios críticos ya han considerado el tema con bastante detenimiento en lo que se refiere al drama mismo. Sin embargo, este antagonismo dramático anticipa y perfila otra tesis política que goza de bastante popularidad y un apoyo considerable en Latinoamérica desde los últimos años de la década de los sesenta; a saber, la teoría neo-marxista de dependencia.²

En términos muy breves, esta doctrina considera el subdesarrollo y el estado de dependencia económica de los países latinoamericanos como resultado directo del superdesarrollo de los países capitalistas, puesto que los dos grupos terminan por formar una sola entidad basada en un sistema satélite-metrópoli de actividad económica. En otras palabras, Latinoamérica (los países satélites) es pobre porque los Estados Unidos, el centro del sistema capitalista, la metrópoli del hemisferio, es rico. Tal tesis justifica la lucha revolucionaria armada como la única manera de alcanzar independencia económica, mayor expansión y desarrollo.

A lo largo del drama, China afirma ideas muy parecidas; él y sus seguidores son indigentes porque Meyer y su clase los explotan, y se han hecho ricos a causa de ellos. Hasta Bobby, el hijo de Meyer, queda seducido por el espíritu revolucionario y la lógica fácil del concepto.

Siglos de abuso borrados de una plumada... ¿Creías, en verdad, que iban a poder soportar mucho tiempo más el régimen de explotación en que vivían? (p. 161).

Los marxistas latinoamericanos no clasifican la lucha revolucionaria como la violencia, sino como la contraviolencia,³ una acción justificada contra la violencia económica puesto en juego por la oligarquía. En *Los invasores*, Meyer se revela poco a poco como un industrialista rico, quien ha acumulado su fortuna a través de la violencia criminal y económica. Habrá matado a su socio, ciertamente ha manipulado muchos tratos relacionados con la fábrica, y se ha aprovechado económicamente de los pobres. En fin, es el profesional criminal, lo que llamamos el «white-collar criminal» por excelencia. Por lo tanto, llega a ser el blanco de reivindicación contraviolenta.

2. Se explica de una manera muy incisiva la teoría de la dependencia neo-marxista en: Ernst HALPERIN, *Terrorism in Latin America, The Washington Papers*, vol. IV, Beverly Hills, Sage Publications, pp- 57-68.

3. Julio BARREIRO, *Violencia y política en América Latina*, México, Siglo XXI Editores, S. A., 1971. Este libro contiene un tratamiento muy comprensivo de la contraviolencia.

Pasan cuatro días entre el primer acto y el segundo, y dentro de este plazo, el escenario cambia por completo. Según las indicaciones escénicas, «la habitación está ahora desmantelada. Hay orden» (p. 166). Esta contradicción aparente comprende un juego de palabras que refuerza uno de los principios básicos del marxismo —que la reforma no es posible, que sólo a través de la destrucción completa del viejo orden —el de la oligarquía— puede emerger el nuevo orden de los obreros.

El homicidio cometido por Meyer, y sus otras acciones nefarias, pueden considerarse como actos criminales de violencia provocados por la avaricia y la ambición personales. Dentro de este contexto, la confrontación entre Meyer y China ha de verse como un conflicto entre, por una parte, la codicia autojustificada encarnada, y por otra, la culpabilidad personificada en China, o sea, el *alter ego* que clama por la justicia. Esto es todavía otra clase de violencia —la violencia psicológica— incorporada en el drama, que hace resaltar aún más la dialéctica funcional mantenida entre protagonista y antagonista.

Siguiendo con esta idea, se ve que Meyer también sirve de contrapeso a la codicia material de las masas. Este pecado capital no es la esfera de una clase socioeconómica particular, y aunque los harapientos pueden justificar sus acciones violentas, se reconoce que ellos también son tan culpables como Meyer de esta emoción vil y universal.

[Habla Meyer] La codicia es el motor que mueve el mundo... Nunca, ¿entiendes? Nunca desaparecerá entre los hombres (p. 183).

Las «hormigas rabiosas» no son capaces de mantener la disciplina, la cohesión, o el aguante exigidos en una invasión. Dentro del drama se retrata repetidamente a estos invasores como niños o animales cuyo único aliciente es buscar placeres, y cuyo único freno es la hartura.

Al rato rodeaban la cancha y seguían el juego con gritos de aprobación... Corrían tras las pelotas, tropezando con sus harapos, y las devolvían con los ojos radiantes... Como niños que tratan de ser útiles (p. 161).

Una vez saciado su instinto, se irán... Son ellos los primeros en sentirse mal en este ambiente... Tendrán ansias de volver a la promiscuidad... (p. 162).

Este infantilismo, y la insensatez que sugiere, es uno de los aspectos más espantosos del drama. La lógica y el razonamiento son corazas inútiles contra la fuerza de un instinto primitivo o infantil de agarrar, devorar, destruir. Sólo China logra controlar el impulso de la masa de atacar, pero aún así, a lo largo del drama, esta violencia está a punto de estallar, recuerdo de la fuerza del carácter primordial del hombre y su resistencia a las influencias y el control civilizadores.

Alí Babá y el Mariscal son dos de los personajes más violentos de esta pie-

za. Se impacientan para «cortar pesquezos», y entretanto, abusan a los ricos con sus diversiones crueles y sádicas. En tales casos, la anticipación de la violencia se hace más poderosa que la violencia misma.

[Alí Babá a Marcela] Tengo una mano de cinco dedos... Con cada uno de estos dedos podría tatuarte... Sacar toda la cerveza que tienes en tu blanco cuerpo... (p. 169).

En *Terrorism in Latin America*, Ernst Halperin ofrece unas ideas muy perspicaces sobre la violencia y en lo que se refiere al papel que desempeñan estos personajes.

There are persons with an unusual tendency to violence in every society. In stable conditions they remain isolated even if they manage to present themselves as guided by the highest ideals. In conditions of widespread frustration they find supporters who, although themselves not addicted to violence, have concluded that violence is the only way to achieve a change for the better.⁴

Esta «tendencia insólita a la violencia» es presentada gráfica y dramáticamente en *Los invasores* por la mano dislocada, un recurso teatral que pronto se convierte en símbolo terrorífico del levantamiento y la destrucción espantosa. Sea la mano que de noche rompe el cristal y abre la puerta de la casa de Meyer, sean las muchas manos impersonales y violentas que rechazan los esfuerzos y la buena voluntad de Bobby, sea la mano de Alí Babá lista para tatuar, sea la mano que vuelve a romper el cristal y abrir la puerta de la casa de Meyer al final del drama —todas ellas recuerdan un sector de la sociedad olvidado y desamparado, la masa pobre que ya no se contenta con los desperdicios de la sociedad de consumo.

Egon Wolff incorporó en su drama las nociones y las tendencias ideológicas y socioeconómicas de su época, y como teatro de testimonio, *Los invasores* sirve como espejo de las transformaciones que sacudieron el hemisferio en aquel entonces. Lo que no pudo saber el dramaturgo es que también planteó de una manera anticipadora y profética la difícil y compleja situación que existe hoy día en lo que se refiere a la deuda exterior; los países latinoamericanos sufren como países satélites ya que deben unos intereses enormes a la metrópoli, a los bancos de préstamo estadounidenses, lo cual imposibilita el desarrollo económico nacional, y por ende, la estabilidad política. Lo que es más, la espiral de la violencia se ha puesto en marcha de nuevo. Sólo se puede esperar que las manos siempre dispuestas a destruir para sobrevivir, puedan juntarse en señal de paz, y en plan de votar en vez de botar, para efectuar la evolución en vez de la revolución.

4. *Terrorism in Latin America*, p. 48.